

tios, totalmente despoblados, al salir de la escuela. He visto de hacer el barrio entero, sus calles y casas y conocido y tratado a todos los vecinos primitivos y no veo fácil colocar el castillo y el palacio aún contando con que la iglesia formara parte de ello y que la placeta de Santa María fuera una de las dependencias de la fortaleza, pero el barrio tiene demasiadas anchuras y regularidad para ser un barrio moro aunque se reconozca que salen de ella callejones y callejuelas con recodos y ensanchamientos propios de los usos árabes y patentes todavía en la mayoría de nuestras ciudades.

El desplazamiento de la vida local a este lado de las corrientes motivado por la natural expansión y luego por la estación, dejó aquel barrio con tal grado de sosiego que hasta los tiempos recientes sufrió pocos cambios y en las calles ninguno, salvo en los nombres políticos tan desacertados en todas las épocas. O sea que las calles son las mismas que se recuerdan de siempre y no hay huellas que indiquen que fueron de otra manera.

Si el torreón está en la muralla como parece probable por lo próximo que tiene el cubillo y la torre de San Juan, no se comprende como podría estar el palacio fuera de ella. El barrio ese lo hizo la carretera y en ella misma no había más que el matadero y los corrales del Jabonero y de Cañizares. Todo lo demás eran escombreras de las salitreras, la Corredera se acababa en la Montijana y no existía nada de la Rondilla que era todo campo. Todas las casas son recientes y cuando la Junquilla y Correas pusieron el cuarto de las naranjas ni siquiera se les veía desde la plaza.

Tendrían que caer las construcciones más allá de la iglesia, más hacía la placeta y las calles del Rosario y Salitre y por el poniente hasta el cerro de la calle del Quijote. Es casi seguro que la iglesia se levantó dentro del castillo y las calles que la rodean en ningún caso desdeñarían el trazado musulmán en contra de la línea continua de la modernidad.

Esto por fuera de la muralla que luego, entre ella y la iglesia, apenas queda espacio para un adarve estrecho, mucho más reducido del que se necesita en momento de lucha fragosa defendiendo una fortaleza.

El silencio, el solemne y perceptible silencio de las aldeas y de las cosas eternas arrojadas por el tiempo, quedó refugiado en Santa María, donde todavía puede tener el gusto de saborearlo quien lo desee, esta Santa María humilde, ausente de todas las vistas panorámicas que antes de los rascacielos, impropios, feos y vulgares, fruto de una especulación absurda y de una ignorancia mayor, nos ofrecían los mismos puntos de vista sobresalientes y característicos: el torreón, el Ayuntamiento, Santa Quiteria y la Trinidad.

De aquellas calles, jamás anotadas por el Ayuntamiento, solo ha quedado en esta historieja la del Navajo, nombre expresivo (nava pequeña) que tal vez lo fuera alguna de la vertiente Sur de la fortaleza.

No es chica la placeta y además con un edificio cuartelero digno de haberse conservado con alguna misión cultural y que ha estado bastantes años de unas manos en otras sin que nadie se hiciera cargo de su utilidad para aplicaciones especiales.

La placeta es grande pero parece pequeña, como si rechazara la convivencia y los vecinos tuviera que alejarse unos de otros.